

La perfección y riqueza lexicográfica del estilo, la amplitud de las perspectivas históricas, la agudeza de las apreciaciones, el vigor poético de las evocaciones de la naturaleza, aseguran a este libro un valor permanente; y por eso Clío debe acogerlo como una de esas obras destinadas a perdurar.—*Milton Rosset.*

POESIA

IMAGEN, por *Fernando Diez de Medina.*

El segundo libro de este joven poeta boliviano, que ya se hiciera aplaudir con la primicia de su «Clara Senda», señala un visible progreso en la forma y una fuerte sencillez en su ideología y en la emotividad.

Colorista de ojo certero y de paleta sin extravagancias, sabe mostrarnos sus paisajes estilizados, y poner en ellos, tal una leve pincelada gris, la inquietud perenne de su corazón romántico.

Juventud de hombre y de artista, que no busca lo trascendental ni en el sentido ni en la expresión, esta «Imagen» (1) de Fernando Diez de Medina no quiere asombrarnos. Le basta con ser canto melodioso, estremecido por la alegría y el dolor de vivir.

Poeta muy de su tiempo—y puede llegar a ser, por esto mismo, de siempre—halló el camino de su temperamento sin grandes balbuceos, y va por él con la seguridad

del que tiene su estrella para atravesar la noche enmarañada.

Un peligro, y no pequeño, encierra la sencilla manera poética de Diez de Medina: caer en la vulgaridad. El poema 7 de sus «Estancias de la pena fiel», pobre de contenido y sin toques novedosos en el verso, es muestra clara de peligrosa sencillez.

Cuando el autor de «Imagen» logre una síntesis mayor tendremos en él a un alto poeta de América.

EL NIÑO QUE QUIERE TENER ALAS,
por *Estrella Julio.*

Sencilote, sin belleza literaria, este libro de versos para niños. Si es difícil para un poeta escribir la obra que haga estremecer los corazones infantiles, conservando en su sencillez ideológica la belleza de la forma, es tarea sobrehumana cuando la emprende quien no posee dotes líricos.

Estrella Julio, a pesar de su loable intención y del esfuerzo que su libro (1) representa, no logra darnos una sola nota bella y original en estos poemas infantiles que comentamos.

Espíritu no adaptable a la imaginación de la infancia, cree suplir con el uso constante y fastidioso de los diminutivos la sensación de candor que no logra dar. Dice en unas estrofas de la página 19:

Las cabras loquitas
hacían crujir
con sus diente-cillos
la brizna sutil,

(1) Editorial América, La Paz, Bolivia, 1931.

(1) Imprenta Mercurio, Rengo, Chile, 1931.

y en el espejito
clarito del río,
piedrecitas mil
cantaban, cantaban,
como unas tenquitas
por la arena gris.

Esto, además de ser ingenuo, es de mal gusto.

Estrella Julio maneja con cierta soltura el verso de 6, 7 y 8 sílabas; pero cuando da a sus poemas el marco del endecasílabo le fallan las fuerzas, y el derrumbe es bien evidente.

Es sensible que en nuestra lírica no aparezca todavía el cantor de la infancia, que sepa decir a los niños cosas bellas en bella forma. La autora de estos poemas infantiles sólo ha hecho una tentativa malograda.

MIRRAS, por *Horacio Zúñiga*.

Poemas orfébricos, es el subtítulo que este poeta mejicano da a su libro. Y si no logra, en verdad, hacer de sus estrofas maravillas cinceladas, tienen en cambio el frío asombroso que los parnasianos dieron a su canto.

Fuera del tiempo—este poeta es el retrasado máximo—las «Mirras» (1) que aquí comentamos no dan el humo fragante de la poesía auténtica.

Con mucho de Pedro Antonio González y de Miguel Luis Rocuant, sin tener la riqueza expresiva del primero ni el intento grandilocuente del segundo, Horacio Zúñiga es, como ellos, hombre sin emoción.

Pasó el gran Rubén por los cami-

(1) Editorial Gómez Rodríguez, México. D. F., 1931.

nos literarios de España y de América, removiendo todos los valores; llegaron los estandartes de vanguardia, desconcertando no poco a los que no habían hallado su ruta verdadera, y este poeta mejicano se ha quedado con el parnasianismo, que ya no hace voltear la cara a nadie.

Transcribimos aquí su soneto «El corazón»:

—¿En vano todo?... No!; de la
[distante
pradera azul, cuajada de luceros,
siento venir presagios agoreros,
como caricias de mujer amante.

—¿Todo en vano?... Mentira!; en
[este instante
mis fervorosos ritmos vocingleros
me dicen de recónditos veneros
que tienen resplandores de dia-
[mante.

—¿En vano todo?... No!... Ni la
[fontana,
ni el ave, ni la miel embriagadora
son polvo estéril y miseria vana;
en todo un lampo de infinito, mora;
hasta en las sombras de la duda
[humana
palpita un Dios y un sueño y una
[aurora!

La lectura de estos versos trae insensiblemente al recuerdo los poemas que se escribían hace medio siglo, que hasta hace veinticinco años se leyeron con cierto interés, pero que ahora se escuchan con gesto compasivo y resignado.

LOS NOCTURNOS DEL FUEGO, por
Sarah Bollo.

Mujer emocionada esta poetisa del Uruguay que nos da con este bello libro de poemas la medida de su alto vuelo.